

**CAPITULO VII.**

Esta disputa puede costar sangre algun día.  
SHAKESPEARE, *Henri VI*, part. I.

Congregado estaba ya el conclave de ciudadanos citados, para deliberar lo que debian hacer visto el tumulto de la noche precedente. Lleno estaba el obrador de Simon Glover de personas de consecuencia, y entre ellas algunas con vestido de terciopelo negro y cadena

de oro al cuello. Eran efectivamente los padres conscriptos de la ciudad, y algunos eran bailios y síndicos de corporación. Se dejaba ver en el entrecejo fruncido de todos un aire de importancia ofendida, en tanto que conversaban en voz baja, para entregarse después á la discusión formal. Entre todos estos personajes parecía el más ocupado un hombre pequeñito, que figuró al fin del alboroto la noche anterior, llamado Olivier Proudful, gorrero de profesión. Andaba corriendo por entre los circunstantes, como la gaviota que al principio de una tempestad extiende las alas, grita, y revolotea confusamente, cuando se creería más bien debiera refugiarse en su nido durante la tormenta.

El maestro Proudful estaba en medio de todos, ya tocando los botones del uno, ya cuchicheando con otros, arrimándose á los de su talla, poniéndose de puntillas junto á los más altos, y agarrándolos del cuello del vestido para sostenerse. Reconociéndose mejor informado que los demás por haber sido testigo de vista, se tenía y consideraba como el héroe del

asunto, y se preparaba para dar más importancia de la que pudiera tener su deposición, á costa de la moderación y la verdad. Ni por esto se debe pensar que las noticias por él dadas fuesen curiosas ni demasiado interesantes, porque se reducían á lo siguiente:

— ¡Por San Juan, que todo eso es cierto! yo mismo me hallé allí, yo lo ví por mis ojos. Yo fui el primero que acudió al ruido, y si no hubiera sido por mí y otro vigoroso y valiente que llegó casi al mismo tiempo, hubieran escalado la casa de Simon Glover, le hubieran degollado, y hubieran llevado su hija á las montañas. Este es un hecho — que no se debe sufrir, vecino Crookshank, — que no se puede tolerar, vecino Glass, — que no conviene aguantar vecinos Balneaves, Rollock y Chrysteson. Ha sido la mayor fortuna del mundo que yo y el joven vigoroso hayamos llegado á tiempo. ¿No es verdad, vecino y bailío Craigdallie?

Estos discursos los decía el gorrero afanoso al oído. El bailío Craigdallie, el mismo, cuyo dictamen sobre diferir la discusión del hecho á la mañana siguiente, se adoptó la noche an-

terior, era un hombre alto, grueso, de buena figura, quien se desembarazó del gorrero figurin, que le tenia por el cuello del vestido, con la misma gracia que sacudiendo la cabeza un vigoroso caballo echa lejos de si al tabano importuno que le asaltó dando vueltas y zumbidos por diez minutos. — ¡Silencio, valientés ciudadanos! dijo en voz alta, aquí está Simon Glover, conocido por todos por hombre de verdad, él nos dirá el ultrage que se le ha hecho.

Simon contestó á esta interpelacion, explicándose muy en confuso, por la repugnancia que tenia en que la ciudad se pusiera en disputa con cualquiera que fuese, por causa suya:— Sobre todo yo pienso no tuvo el asalto mas intencion, que una diversion ó chanza de algunos cortesanos jóvenes, y lo peor que puede resultar, dejando el asunto, es, que yo haré poner una reja en la ventana del cuarto de mi hija para impedir se repita la escena.

— Pues no habiendo sido mas que gana de divertirse, dijo el bailío Craigdallie, nuestro conciudadano Enrique el armero cometió un

exceso en cortar la mano á un personaje de distincion, y la ciudad será ó podrá ser condenada al pago de una multa considerable, si no prendemos al mutilador.

— No lo permita Nuestra Señora replicó el guantero. Si supieran vms. lo que yo sé sobre este asunto, tal vez le tendrian mas miedo que de tomar un hierro ardiendo; pero, ya que quieren vms. quemarse los dedos, debo decir la verdad; y así valga por lo que valiere y suceda lo que quiera, estoy obligado á decir, que hubiera tenido la tal diversion un desenlace horroroso para mi tanto como para mi familia, si no hubiera intervenido Enrique Gow el armero, tan á tiempo y tan eficazmente.

— Así como tambien yo, dijo Olivier el gorrero, pues aunque yo no puedo decir que conozco el manejo del sable tan bien como Enrique, sin embargo, vecino Glover, vm. me vió al principio de la bulla.

— Yo no vi á vm. hasta despues que se acabó todo, dijo el guantero en tono seco.

— Sí, es verdad: se me olvidó, que como

vm. estaba en casa mientras la pelea, no podia ver los golpes y al que los distribuia.

— ¡Silencio! vecino Proudpute, calle vm. dijo el bailío, incomodado ya de oír graznar al digno sindico. — Aquí hay, añadió, cierto misterio, pero me parece que yo adivino el secreto. Simon Glover, tan conocido por hombre de bien y de buen corazon, no quiere exponer á nadie, y permitirá primero la injusticia que se le hizo, que consentir se aplique la ley, ó se castigue á ningun amigo ó vecino para lograr una reparacion. Todo esto va muy bien, pero tú, Enrique Gow, en cuyo valor halló siempre la ciudad un defensor, dinos lo que sabes en la materia.

El armero entonces contó lo sucedido tal y cual, como está dicho, y el afanoso fabricante de gorras volvió á decir:

— Pero tú me viste cuando yo estaba en la refriega, valeroso Smith: ¿no es verdad?

— A fe mia que no, respondió al armero; pero ya conoce vm. era muy facil no verle siendo tan chico.

Rióse todo el mundo con la respuesta, y riéndose tambien el mismo Olivier, añadió:

— No es menos cierto haber yo llegado de los primeros al socorro del vecino Glover.

— Pero donde diablos estaba vm., vecino, preguntó Smith, porque hablando en plata, hubiera yo dado el valor de la mejor armadura por haber visto á mi lado un hombre firme y vigoroso como vm.

— Pues no, no estaba yo muy lejos de tí, contestó el figurilla, y en tanto que tú repetias los golpes como si fuera en el yunque, yo paraba los golpes de los pícaros que te acometian por detrás, y ve ahí por lo que no me viste.

— He oido hablar de herreros antiguos que no tenian mas que un ojo, dijo Enrique, y aunque yo tengo dos, como ambos están adelante, no pude ver á vm. por detrás, vecino.

— Con todo, lo mas cierto es que yo estaba presente á todo, prosiguió el porfiado Olivier, y yo debo dar cuenta de ello al señor bailío, porque Enrique y yo hemos llegado primero.

— Ya sabemos bastante por ahora, dijo el

bailío haciéndole señal para que callara. Las declaraciones de Simon y de Gow bastarian aun para un asunto menos creible. Por ahora, señores míos, ¿qué es lo que debemos hacer? Todos nuestros derechos de ciudadanía fueron ultrajados, y esto, como pueden vms. conocer, por un hombre poderoso, porque ningun otro se hubiera determinado á tanto. Es muy dura, señores míos, una resignacion por la que nos sometamos á un agravio tan degradante. Las leyes nos han puesto un grado mas bajo que el de los príncipes y nobles, pero es muy contrario á la razon pensar y creer que debemos permitir la fuerza y violencia de nuestras casas, el insulto contra el honor de nuestras mugeres é hijas, sin exigir la reparacion condigna.

— Eso es insufrible dijeron todos á la vez. Entonces Simon Glover, avanzando á la primera fila, dijo, manifestando en su rostro bastante inquietud y turbacion: — Todavía me prometo, señores, que los alborotadores podrian justificarse de que no tuvieron intenciones tan criminales como pudiéramos creerlo, y por lo mismo perdonaria yo muy gustoso el

ruido y alarma contra mi pobre casa por ahorrar á mi buena ciudad la incomodidad que podrá causarle todo lo pasado. Mediten vms. antes de todo, quienes deberán ser los jueces que tomarán conocimiento de la causa. Hablamos, bien entendido, entre vecinos y amigos, y con franqueza. El rey (que Dios guarde) está ya tan abatido y sin fuerzas físicas y morales, que no podrá menos de dar el encargo á uno de sus consejeros, ó sino á cualquier gran señor su favorito. Tal vez á su hermano el duque de Albany, quien se alegrará tener el pretexto del proceso para sacarnos el dinero.

— No queremos por juez al duque de Albany, pronunció toda la asamblea.

— Puede ser nos mande presentar nuestras quejas al duque de Rothsay, ese joven y estragado príncipe, quien mirará nuestros ultrages como un pie para las chanzonetas y burlas de sus compañeros, y para que canten de ellos sus trovadores.

— ¡Nada de Rothsay! es un hombre muy demoralizado para ser nuestro juez, dijeron todos al mismo tiempo.

Simon entonces cobró nuevo brio hallándose ya cerca del punto que se habia propuesto; pero con todo, solo en voz muy baja fué como él dijo:—¿Estaria nuestro negocio mejor en manos de Douglas el Negro?

Un minuto se pasó sin que nadie respondiera. Mirábase los paisanos unos á otros pálidos y turbados; pero Enrique Smith, con mucho atrevimiento y en un tono de voz propio de un hombre decidido, manifestó los sentimientos que le animaban, y los mismos de la reunion toda, si bien que ninguno de ellos se decidió á declararlos.

— ¡ Douglas el Negro para juez entre paisanos y un caballero, un gran señor, como se supone, y lo que no me importa! ¡ Mas valdria el diablo mas negro del infierno! ¿ Está vm. loco, padre Simon, para proponernos un hombre semejante?

Aun se pasaron algunos instantes de silencio, motivado por el temor y la incertidumbre, mas le rompió el bailío dirigiéndose al armero y echándole una mirada muy expresiva. — Vecino Smith, vm. habla gordo por la confianza

que le inspira su perpunte interior, pero sin él ya seria otra cosa.

— Yo tengo puesta toda mi confianza en el corazon que late por debajo de mi perpunte, tal como pueda ser, señor bailío, respondió el intrépido armero, y aunque yo no hablo mucho, ninguno de vuestros nobles será hombre para echarme un candado á la boca.

— Lleva un perpunte bien sólido, y sino habla mas bajo, respondió el bailío en el mismo tono expresivo; pues hay en la ciudad gentes de las fronteras que llevan á la espalda un corazon ensangrentado \*... ¿ pero qué debemos hacer despues de tanto hablar?

— Para decirlo pronto y bien, exclamó el armero, vamos al preboste con el recado, y pidámosle su auxilio y proteccion.

Oyóse al momento un murmullo de aprobacion en el obrador, y Olivier Proudpute dijo: — Esto mismo, es lo que dije hace ya media hora, y nadie quiso hacer caso. Vamos, digo, hablemos al preboste, él mismo es noble, y

\* Armas de la casa de Douglas.

está obligado á intervenir entre los nobles y la ciudad, cuando llega el caso.

— Chitito, señores, atención, miren vms. lo que dicen y lo que hacen. Esto dijo un hombre chiquitillo y delgadillo, que parecia una sombra, segun los esfuerzos con que procuraba humillarse, y conformar sus discursos con su persona diminuta, mostrándose por ellos mas inútil que le habia hecho en su personal la naturaleza.

— Perdonen vms., señores, dijo, yo no soy mas que un pobre boticario; pero como me he criado y educado en Paris, donde hice mis estudios de humanidades y mi *cursus medendi* tan bien como los que se llaman doctos médicos, pienso poder sondear esta herida y curarla con emolientes. Aquí está nuestro Simon Glover, quien como vms. lo saben, es un hombre respetable. ¿Creen vms. no seria él mismo el que nos excitase á proponer medidas severas en un negocio, que tan de cerca toca el honor de su familia? Supuesto, pues, no se toma, segun parece, mucho empeño en acusar á los alborotadores, consideren vms. si acaso

no tendrá él razones bastantes para echar tierra y dejar la cosa en tal estado. Yo no debo tocar la llaga con el dedo, pero, ¡ah! todos sabemos que las doncellas son esto que llaman esencias, que con facilidad suelen evaporarse. Supongan vms. que una doncella recatada deja entreabierta, inocentemente, quiero decir, la ventana de su dormitorio la noche de San Valentin, para que algun caballero galan, honesta y honradamente pueda llegar á ser su Valentin; supongamos además que este caballero llegue á ser descubierto, no podria ella dar gritos como si no hubiera esperado tal visita, y... y... muélase todo esto en un mortero, y véase si resultará de todo ello materia capaz de inducir á la ciudad y hacerla dar queja contra cualquiera.

Pronunció este discurso el boticario de un modo muy significativo, pero se anonadó su persona, luego que vió la sangre remontada en las megillas del viejo Glover, así como el furor pintado en la frente del temible armero, quien adelantándose hácia él, y mirándole cólico le dijo:

— Esqueleto ambulante, viejo asmático, asesino de profesion, si pudiera yo persuadirme que por un solo instante bastaba el pestífero soplo de tus infames palabras á empañar el brillo del honor tan bien sentado de Catalina Glover, sabe que yo te haria polvos sutiles, machacándote en tu mismo mortero, si; batiria y mezclaria tu carcomida armazon con la flor de azufre, única droga que no está falsificada en tu botica, empirico infame, y haria de todo ello un unguento para untar los perros sarnosos.

— Silencio, calla, hijo mio Enrique, dijo el guantero. Nadie sino yo tiene derecho de hablar en esto.— Digno bailio, puesto se da una interpretacion como la que se acaba de oir, á mi moderacion, resuelvo mostrarme parte y digo quiero seguir mi accion hasta llegar al cabo, por mas que deba probar el resultado que nos hubiera tenido mas cuenta estarnos quietos; porque á lo menos constará que mi hija no ha dado motivo á tal escándalo ni por locura ni ligereza.

El bailio intervino tambien á su turno y dijo:

— Vecino Enrique, nos hemos reunido aquí para deliberar, y no para reñir. Yo te mando como magistrado, que soy, entre otros de nuestra noble ciudad, depongas todo rencor y resentimiento contra el maestro Dwining el boticario.

— Descuide vm., contestó el armero. No merece que yo le castigue; á menos tendria emplearme contra ese pobre petate, y un solo golpe de mi martillo bastaria para dar fin de él, sus botes, y su botica.

— Vamos señores, oiganme vms. Todos nosotros creemos que la Linda Doncella de Perth es honrada como Nuestra Señora, dijo el bailio santiguándose; pero en cuanto al recurso al preboste, ¿son vms. de parecer le hagamos, visto que se trata de algun noble poderoso?

— Siendo el mismo preboste un noble, dijo el boticario algo menos asustado por haber intervenido en su favor el bailio, bien sabe Dios que no pretendo decir nada malo contra un señor; cuyos antepasados han ocupado tan dignamente el lugar que él ocupa hoy; mas.....

— Por la libre voluntad de los ciudadanos



que le votaron, dijo Smith haciendo sobresalir lo sonoro de su voz.

— Sin duda, continuó el boticario, porque de otro modo no podia ser. — Suplico á vm. no me interrumpa, amigo Smith, cuando hablo con nuestro digno bailío para enterarle de mis pobres ideas. Digo pues, aunque hablemos á sir Patricio Charteris, debemos suponer es un noble, y que un lobo á otro no se muerden. Puede ayudarnos en una reyerta contra los montañeses, y tomar partido contra ellos como nuestro gefe y preboste; mas la dificultad está en saber, si el que se viste de seda, se resolverá contra los de vestidos bordados y de tisú, á defender nuestra causa, como lo hizo contra el tartan y la frisa de Irlanda. Tomen vms. el parecer de un loco. Nuestra Linda Doncella de Perth está salva y sana, de la que yo no pretendo hablar mal jamás, porque nada mal tengo que decir de ella; ellos han perdido por lo menos la mano de un hombre, gracias á Enrique Smith.

— Y á mí tambien, dijo el famoso comerciante de gorras.

— Y á Olivier, como lo dice él mismo, añadió el boticario, que á nadie disputaba la gloria, con tal que no se le forzara á caminar por la senda trabajosa de los que la tenian ya ganada. — Soy de parecer, vecinos, supuesto nos han dejado una mano en señal de que nunca vendrán á Curfew-Street; me parece, segun la cortedad de mis talentos, será lo mejor que podemos hacer dar muchas y repetidas gracias á nuestro valiente conciudadano, y visto haber quedado el honor y la victoria por la ciudad, y la derrota y pérdida por el lado de los alborotadores, que todo se acabe y que no se hable mas de esto.

No dejó de hacer impresion este discurso pacífico en muchos de los circunstantes, que comenzaron á dar muestras de aprobacion con la cabeza, y mirar con gravedad al abogado de la moderacion; aun el mismo Glover, quien poco antes se hallaba ofendido, y era de parecer se pidiera justicia, tambien se inclinó hácia la opinion del boticario. No así el armero Enrique, y viendo que nadie tomaba la palabra, dijo:

— ¡Vecinos! no soy ni mas viejo ni mas rico que vms. y no lo siento, maldita la cosa. Los años vendrán y los verá quien los viere; yo puedo ganar y gastar el dinero lo mismo que cualquier otro al resplandor de mi fragua y al viento de mi fuelle. Pero nadie me ha visto quedar de brazos cruzados, cuando alguno agravio á nuestra buena ciudad en obras ó palabras, si el brazo ú la lengua de un solo hombre pudo hacer justicia. No sufriré un ultraje como este si yo puedo hacer mas. Yo iré á buscar al preboste mismo aunque tuviera que ir solo. Es un caballero, ya lo sé; es un noble descendiente de otros, como todos sabemos, desde el tiempo de Wallace, quien estableció en este país al bisabuelo de sir Patricio. Pero aunque fuese el noble mas encumbrado del país, él es el preboste de Perth, está obligado á guardar y hacer se guarden los privilegios de la ciudad, sus fueros é inmunidades. Si, bien sé yo que lo hará, yo le hice una coraza de acero, y sé muy bien, qué clase de corazon debe cubrir.

— Ciertamente, dijo el bailío, de nada serviría presentarnos á la corte sin el apoyo de sir

Patricio Charteris. La respuesta inmediata seria: Debeis estar con vuestro preboste, paisanos indiscretos. Con que vecinos y amigos, si sois de mi dictamen, el boticario Dwining y yo iremos al momento á Kinfauns con Simon Glover, el bravo Smith y el valiente Olivier Proudpute como testigos del agravio, y nosotros hablaremos á sir Patricio Charteris en nombre de nuestra buena ciudad.

— ¡O! dijo el pacifico mercader de pócimas, déjeme vm. por fuera, suplico á vm.; yo no tengo valor para presentarme delante de un caballero.

— No importa, vecino, replicó el bailío; vm. debe venir con nosotros. Todo el mundo me mira como una cabeza alborotada con sesenta años á cuestas; Simon Glover es la parte ofendida, todos conocemos que Enrique Gow rompe mas armaduras con la espada que hace con el martillo, y nuestro vecino Proudpute, que segun él dice, se halla siempre al principio y al fin de todas las pependencias que hay en la ciudad, es por consecuencia un hombre dispuesto á obrar; necesitamos pues un abogado